

TEATRO

por gonzalo torrente ballester

ALGO EXCEPCIONAL

QUIZA la ocasión no sea de echar campanas al vuelo, pero yo repararía con gusto, porque —¡por fin!— se ha visto algo excepcional, algo que mueve el entusiasmo y la esperanza, algo que restaura la fe perdida. Y, cosa curiosa, lo que así nos mueve a escribir, ha sido escrito hace dos mil cuatrocientos años.

Bueno. Seamos exactos. El texto conocidísimo de Sófocles está ahí desde siempre, en espera de que la voz humana le dé vida y lo levante del sueño arqueológico. De modo que lo que nos ha entusiasmado es lo que unos actores griegos saben hacer y han hecho con las palabras del viejo trágico ateniense. Y lo que estos griegos modernos saben hacer y han hecho es, en puridad, lo que todo actor, todo director, todo escenógrafo debe saber y debe hacer. Una representación teatral consiste en vivificar la letra muerta. Los componentes del «Teatro del Pireo» lo han hecho. ¡Y de qué modo, Dios mío! Lo que uno ha soñado siempre que debería ser una representación trágica, es, precisamente, eso.

Yo no sé griego: vaya por delante esta confesión. Lo aprendido hace años, que no fue mucho, se ha perdido en un mundo de sombras. A veces, se reconoce un verso, eso es todo. De modo que, para mí como para la mayor parte del público, el texto, la letra, resultaba incomprensible en la realidad de su concepto y de su imagen. No en la otra realidad, en la música, servida por voces que llegaron a ser fascinantes. Cuando el verso y la voz se correspondían, la carga dramática del texto se mantiene, aunque el concepto no se entienda. El milagro consistió en que esas voces —con sus gestos, actitudes, movimientos; con los colores del atuendo, con los escasísimos elementos escenográficos— ponían de relieve, mantenían por encima de toda incomprensión lingüística, la emoción contenida en el drama. Fue esta emoción la que llegó inmediatamente al público, la que lo subyugó, la que lo mantuvo silencioso y anhelante. Repito que fue un milagro, por lo demás conocido: ese milagro que han experimentado los que —por ejemplo— han asistido a las danzas y cantos rituales de algún pueblo primitivo. Milagro en que el misterio último de la poesía se hace patente. ¿Cómo no dejar bien clara nuestra admiración por el señor Rondón, director, y por la señora Papathanasson, intérprete extraordinaria de «Electra»? Después de esto, la maravilla rítmica de los coros, esa unanimidad de voces puras y de movimientos sincrónicos es lo que ha suscitado nuestra sorpresa más honda. ¡Gracias Dios! Lo que habíamos visto hasta aquí, en materia de teatro clásico, no fueron más que toscos ensayos.

Y lo único que se nos ocurre es recomendar a nuestros directores un atento examen de conciencia, con los consabidos dolor de corazón y propósito de enmienda.

Después de este prodigio, no es extraño que la compañía francesa que actuó en el Español con una tragedia de Corneille nos haya defraudado, aunque bien es cierto que la compañía italiana que la siguió no tuvo mejor fortuna. Heine llamaba a Munich «la Atenas de cartón piedra», y de tan aparatosa y deleznable material parecía hecho lo que hemos visto y oído. Me creo en la obligación de salir por los fueros del teatro francés clásico, que no es esto. Al estilo de la Comédie Française se lo podrán hacer objeciones graves, pero es un arte vivo en el sentido en que son vivas las

normas. Este Corneille exangüe resultó bastante muerto. Ni siquiera Racine hubiera soportado semejante frialdad de museo de reproducciones. En cuanto al Goldoni servido por los Italianos, resultó más bien desafortunado, con excepción hecha del primer actor.

«Dido, Pequeño Teatro» nos hizo conocer un drama de minorías, «Los constructores de imperios o El schmurz». Con toda la complicada simbología y la revuelta temática filosófica a que se aventura el teatro actual cuando renuncia a la expresión realista, no es desdeñable ni mucho menos. Seguimos dando vueltas al tema del hombre, pero es que el problema del hombre no está resuelto. «Dido», al ofrecernos la representación de este drama antipopular y difícil, cumple con la difícil y nada cómoda misión que se ha atribuido. Elogiemos la labor de Silvie Roussin, de María Paz Ballesteros, de José Vivó y de Emiliano Redondo.

En el Eslava, unos días después, hemos visto una pieza esperpéntica de Martín Recuerda, «Las salvajes en Puento San Gil», cuya reputación y aventuras anteriores al estreno habían picado nuestra curiosidad y seguramente la del resto del público. Martín Recuerda, cuyo «Rebello» de hace unos años no se había desplazado aún del García Lorca de «Doña Rosita», manifiesta ahora una nueva tendencia algo más velleinclanesca, aunque sin la fuerza verbal de Valle Inclán. No vacilo en reconocer del mejor grado las eminentes dotes teatrales de «Las salvajes...» al mismo tiempo que le niego cualquier contacto con la literatura. Pero como de teatro se trata, insistamos en sus eminentes condiciones de teatralidad, reforzadas por la versión paroxística que Luis Escobar realizó del texto de Recuerda. Desde que se levanta el telón, aquella humanidad vociferante y casi exclusivamente femenina nos mantiene clavados a la butaca, con la atención en vilo sin un descanso, ni la menor ocasión de aburrimiento. Hasta finalizar el segundo cuadro se mantiene, además, un tono y un ritmo convincentes. Lo que allí sucede interesa, y el modo como sucede llega a fascinar. Pero al interés decae en los cuadros siguientes, cuando la anécdota desciende a lo folletinesco y cuando el drama se convierte en mera crónica de sucesos. ¡Qué lástima! Una segunda parte de la misma intensidad que la primera hubiera hecho memorable en todos sentidos el estreno de «Las salvajes...».

Lo es, sin embargo, por muchos otros conceptos. Primero, por lo insólito de un tema así en nuestros escenarios. ¡Gracias a Dios!, está a punto de esclamar uno. Porque yo no recuerdo haber visto nada tan fuerte y tan escabrosamente realizado. El hecho de que el tema haya sido tratado muchas otras veces en el teatro —«La Gobernadora», «Las bribonas»— o en la novela —«Miss Giacomini»—, quiere decir que sigue vivo y que no ha perdido actualidad. El trato de aspereza es lo que aporta Recuerda. Y, ante esas escenas desmesuradas, hay que plantearse una vez más la pregunta: ¿existen en nuestro país sitios, zonas sociales, donde semejante acción pueda ser posible? ¿Es verosímil, a esta altura del siglo, la primera parte al menos —dos cuadros— de la obra de Recuerda? Sí la respuesta es afirmativa —y lo es—, recordemos el consejo del clásico: «Arrojar la cara importa...». La única manera legítima de evitar que determinados hechos esciendan a la escena es procurar que desaparezcan de la realidad. La obra de Recuerda es un revulsivo, pero su materia es dolorosamente real, terriblemente viva en la España seca.

Usted ya conoce

POLVOS NETOL

con ellos consigue fácilmente un hogar limpio y resplandeciente

y si prefiere limpiar
CON ESPUMA



pruebe hoy mismo
nuevo tipo
ESPUMANTE
en paquete
blanco y azul

ahora
pruebe!

POLVOS
NETOL

ESPUMANTE

ahorrará y saldrá ganando
en cantidad y calidad

CUESTAN POCO...

Y COMO SIEMPRE LIMPIAN MAS